

1º. Describe a evolución territorial de Rusia e Ucraína analizando os seguintes mapas.

Docto. 1: **Europa a finais do sec. XV.**



Docto. 2: **Europa no sec. XVI:**



Docto. 3: Europa arredor de 1650:



Docto. 4: Europa no sec. XVIII:



Docto. 5: Europa en 1914:



Docto. 6: Europa en 1918: os novos estados xurdidos da desfeita dos imperios centrais.



Docto. 7: As perdas territoriais da URSS entre a paz de Brest Litovsk e a guerra civil (1918-1922).

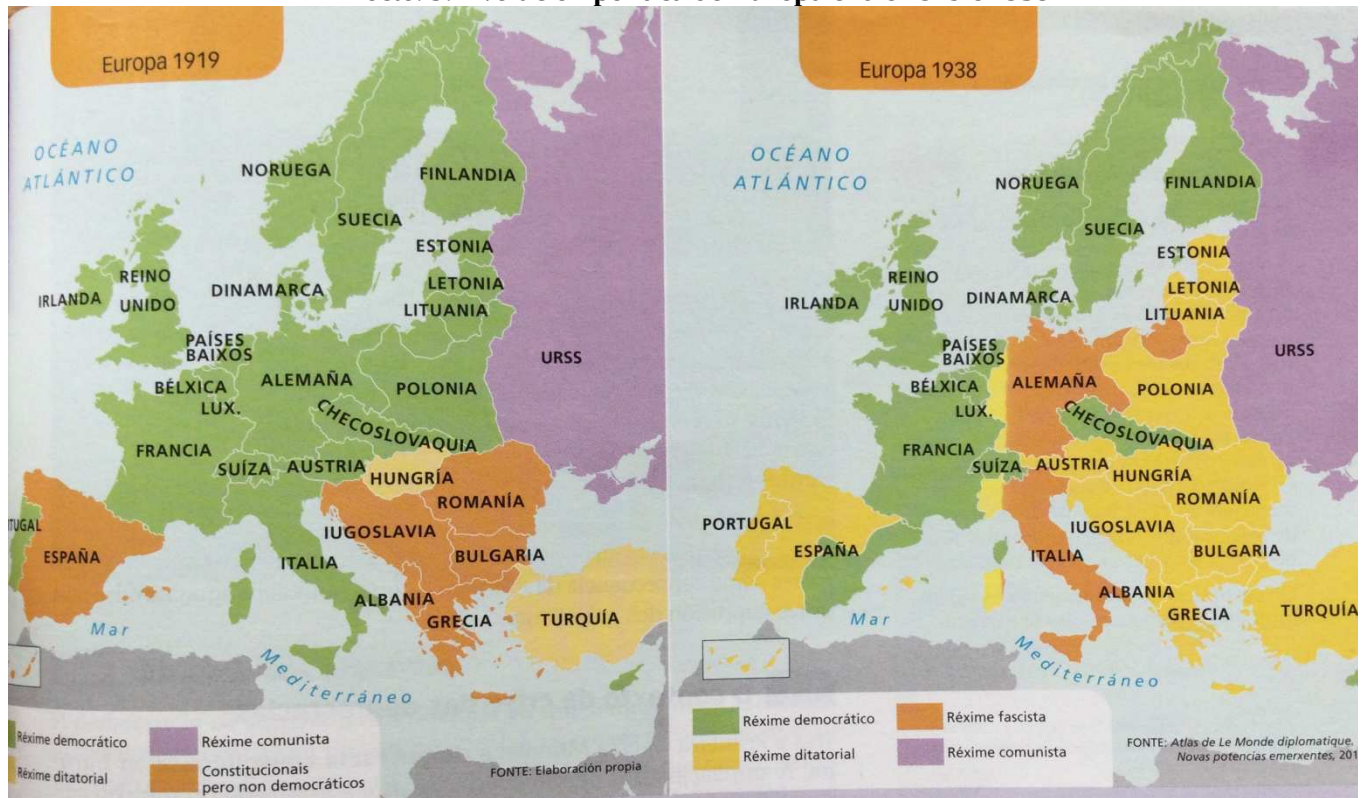


2ª. Cita os novos estados xurdidos en Europa central e oriental a consecuencia dos tratados de paz de 1917/18 e describe a súa evolución política ata vésperas da segunda guerra mundial analizando os mapas que seguen.

Docto. 8: Europa oriental en 1919



Docto. 9: Evolución política de Europa entre 1919 e 1938



3ª. Describe a evolución dos estados de Europa oriental durante a 2ª Guerra Mundial partindo da análise dos mapas que xuntamos.

Docto. 10: A expansión da Alemania nazi e os seus aliados ata fins de 1941



Docto. 11: A reacción da URSS e a victoria sobre os fascistas e os seus aliados: 1942-1945.



4. Describe os cambios territoriais en Europa central e oriental ao remate da Segunda Guerra Mundial analizando os mapas que xuntamos.

Docto. 12: Europa ao remate da Segunda Guerra Mundial



5. Describe a situación de Europa central e oriental durante a Guerra Fría partindo dos seguintes mapas.

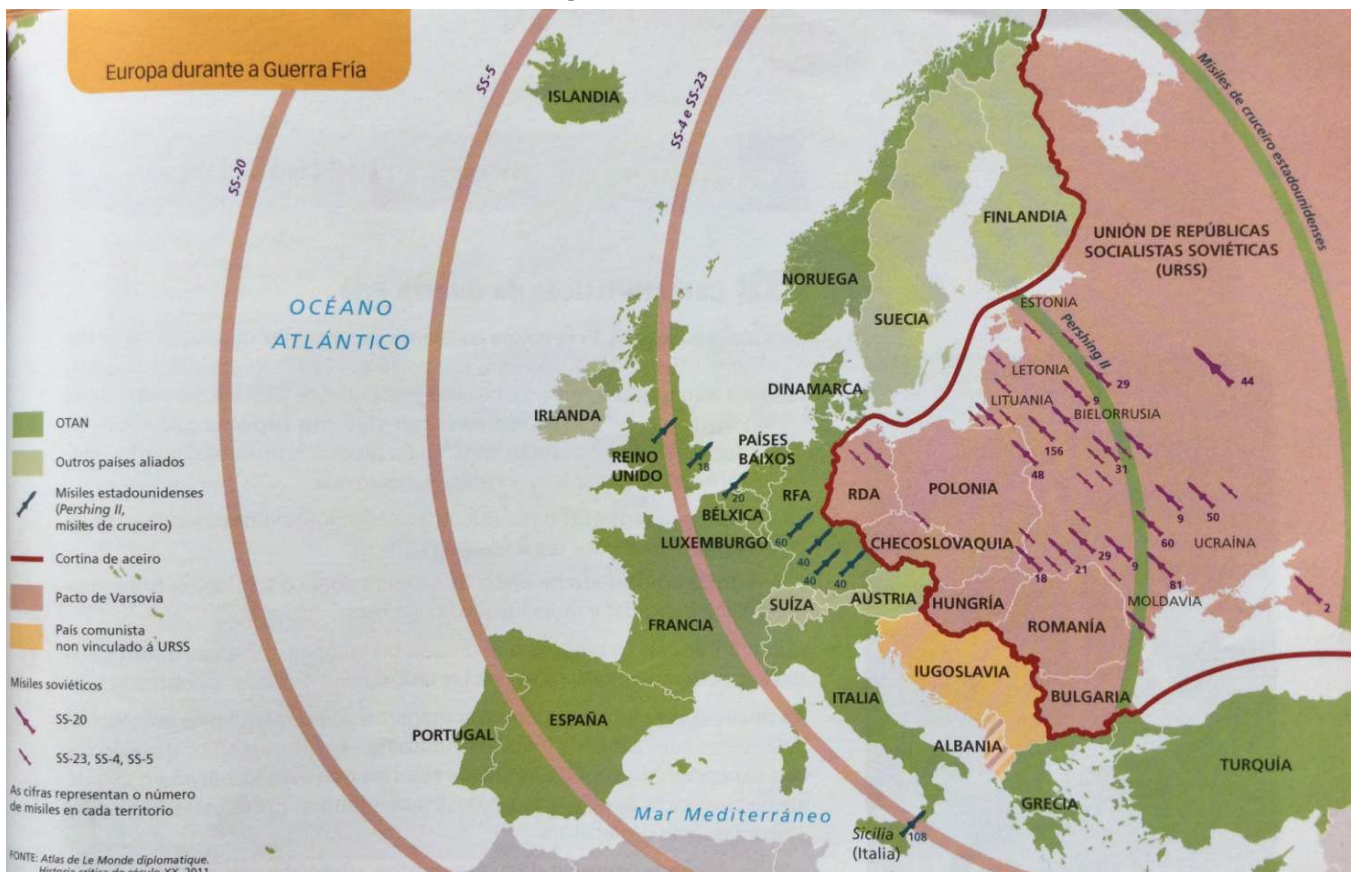
Docto. 13: Europa en 1948. O telón de aceiro



Docto. 14: bases soviéticas en Europa durante a guerra fría



Docto. 15: A destrución mútua asegurada coa reactivación da década na década de 1980

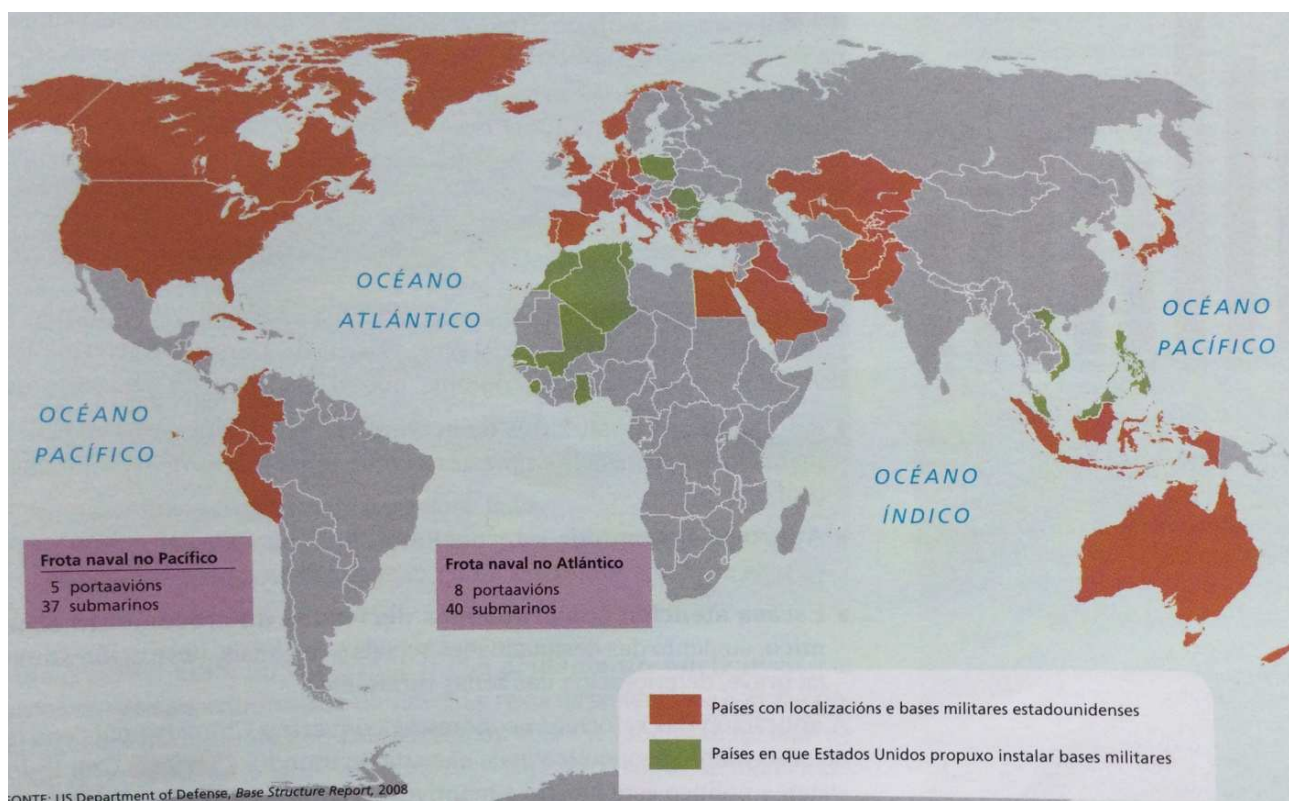


6. Describe a nova situación de Europa central e oriental dende o remate da guerra fría e a desaparición da Unión Soviética ata os nosos días partindo destes mapas.

Docto. 16: A desintegración da Unión Soviética.



Docto. 17: A presenza militar de Estados Unidos no mundo en 2008.



Docto. 18: Resultados organizaci3ns de extrema dereita nas elecci3ns lexislativas (2007 a 2012)



7ª. Lee con atención os documentos que xuntamos, escoita con atención ás intervencións das persoas expertas que recomendamos e, finalmente, elabora un informe describindo as causas e os intereses confrontados que conduciron á invasión de Ucraína polo réxime de V. Putin.

Bloque 1: análises da personalidade de Putin e dos seus obxectivos e intereses.

Docto. 19: **Artigo dispoñible, tamén, [en liña](#).**

PERE VILANOVA

Viernes 25 de febrero de 2022

Putin, Hitler y los Estados 'de facto'

El líder ruso ha ido dando todos los pasos de su manual unilateralista con una serie de acciones que traen a la memoria los movimientos nazis previos al estallido de la II Guerra Mundial

A Putin le gusta evocar o invocar la desintegración de la Unión Soviética como un referente para su acción política. Evocar con nostalgia el mayor desastre del siglo XX, como ha dicho en más de una ocasión. En realidad, si queremos invocar un fenómeno fundamental para mejor entender el mundo posbipolar tenemos que recurrir a otro concepto: los Estados *de facto* (EDF). Un Estado *de facto* es, en síntesis, un territorio con una determinada población que escapa por completo al control del Gobierno formal del Estado (soberano, con fronteras internacionalmente reconocidas) del que forma parte y que se ha "autoproclamado" independiente con otro nombre. Si alguien piensa que la operación que Putin está llevando a cabo de forma acelerada en Ucrania es inédita está muy equivocado. Estados *de facto* concretos, resultados de la política de Moscú: Osetia del Sur (desgajada de Georgia), Abjasia (desgajada de Georgia), Transnistria (desgajada de Moldavia), Nagorno Karabaj (ahora en danza entre Armenia y Azerbaiyán), sin mencionar la ilegal anexión de Crimea (desgajada de Ucrania) por parte de Rusia.

Esta elevada producción de EDF es una especialidad rusa, que empieza muy pronto con Yeltsin en los noventa, pero que Putin lleva a proporciones brutales. Estas últimas semanas, y en particular los últimos días, Putin ha ido dando todos los pasos de su manual unilateralista, invocando de modo preciso y ordenado varias explicaciones. No desviemos demasiado nuestra atención fijándonos en las barbaridades que dice RT: que en Kiev hay un Gobierno nazi, que los ucranios son todos fascistas, que en Ucrania el Gobierno de Kiev está construyendo campos de exterminio para rusos. Hagamos algo distinto, como ejercicio (arriesgado) de reflexión. ¿Se dan paralelismos entre lo que sucede ahora en esa parte de Europa y los movimientos de Hitler inmediatamente anteriores a la II Guerra Mundial? Inquietante, pues hay varios. Putin invoca como justificación de su estrategia que Rusia necesita "su espacio de seguridad vital", que sería una "herencia natural de siglos". Hitler necesitaba su *Lebensraum*, literalmente el hábitat natural, al que tiene derecho el pueblo alemán. Pero, para Hitler, ese *Lebensraum* no era solo el territorio internacionalmente reconocido para Alemania. Incluía, por supuesto, todos los territorios donde se encontraban alemanes. Esta doctrina destructiva de Putin establece que Rusia tiene el derecho y el deber de proteger a todos los rusos, donde quiera que estén, por todos los medios a su alcance. Sigamos. Entre 1938 y 1939, Hitler literalmente se comió Austria (la anexión forzosa conocida como Anschluss), Bohemia y Moravia (destruyendo Checoslovaquia), reocupó y remilitarizó Renania y, al final, invadió Polonia, acto que, esta vez sí, llevó a Francia y al Reino Unido a la guerra. Por el camino, esos aliados van dejando los despojos de la política llamada de "apaciguamiento": en cada uno de los incidentes citados, los aliados ceden a la siguiente exigencia de Hitler. La culminación de todo esto se produce en la Conferencia de Múnich de 1938, donde los aliados dicen que sí a todo. Es verdad que Chamberlain y Daladier, jefes de Gobierno del Reino Unido y Francia, tenían demasiado presente el desastre de la I Guerra Mundial y unas opiniones públicas partidarias de la paz a toda costa, no digamos ya Roosevelt, cuyo país pensaba que todo esto eran "cosas de los europeos". Él, en cambio, veía venir lo que vino en 1941 y mundializó la guerra: la invasión de Rusia por Hitler y el ataque japonés a Pearl Harbor.

Sin embargo, faltaba una última humillación, el pacto Ribbentrop-Mólotov del 23 de agosto de 1939, firmado en Moscú. Hitler y Stalin deciden no solo repartirse Polonia, sino a qué zona de influencia han de pertenecer Finlandia y los países bálticos.

Por supuesto, muchas son las diferencias entre 1938-1939 y la actualidad de Ucrania y Rusia. No existían entonces ni Twitter, ni redes, ni ciberataques; hay ahora muchos instrumentos de guerra híbrida; hay pasos intermedios en la provocación e intimidación. Pero ¿no les llamó la atención hace muy pocos días que el Kremlin anunciase la muerte de cinco espías ucranios que intentaban entrar en Rusia (no en las regiones separatistas) para cometer atentados? ¿Y que RT mostrase imágenes de una comisaría o cuartel de los separatistas, atacado por no se sabe quién, y un coche bomba, que estalló en medio de una serie de casas ya destruidas en choques anteriores? Miren la famosa foto del 1 de septiembre de 1939 en la frontera germanopolaca, en la que soldados alemanes desplazan la barrera fronteriza en respuesta a un supuesto ataque de soldados polacos que iban a "invadir Alemania".

Pero resulta inquietante ver los paralelismos argumentales, que son mucho más importantes que las diferencias coyunturales. Espacio vital, protección de minorías, limpiezas étnicas... En el documento que el Kremlin ha enviado a la Casa Blanca, Putin se permite mencionar la Carta de Naciones Unidas y su disposición en relación con el derecho de los pueblos a la autodeterminación. Y, por cierto, hacía días que no se oía lo del "no a la guerra", y ayer Putin convirtió el conflicto del Donbás en guerra.

FLAVITA BANANA



FLAVITA BANANA

Pere Vilanova es catedrático emérito de Ciencia Política de la Universidad de Barcelona.

Docto. 20: artigo de A. Beevor comparando a Putin con Hitler ([en liña](#)).

Docto. 21: Entrevistas ao profesor X.M. Núñez Seixas:

- [Entrevista ao profesor X. M. Núñez Seixas](#) nunha mesa de debate na TVG 2 (1 de marzo de 2022).
- [“As guerras sábese como comezan, mais non como acaban”](#) (entrevista longa ao profesor Núñez Seixas na TV3 en catalán: resulta moi interesante como exercicio para seguir un discurso noutra das linguas do Estado español).

Docto. 22: [Mapas describindo a evolución militar da invasión de Ucraína](#) polo exército ruso de Putin.

As guerras presentes e as dos nosos avós

AO FÍO

XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS

Catedrático de Historia Contemporánea na USC. Ten no prelo o libro «Volver a Stalingrado. El frente del Este en la memoria europea»

Na súa alocución anunciando a intervención na Ucraína, Vladimir Putin xustificouna con dous argumentos principais. Un, que o Goberno de Kiev é «nazi». Outro, que eses nazis están a levar adiante un «xenocidio» da poboación rusófona. A maiores, deixou caer días atrás que Ucraína é un país artificial. Préséntase a invasión como unha operación de castigo, limitada a obxectivos concretos. A retórica das novas guerras, unida a formas de guerra híbrida, como fai Moscova dende o 2014 co seu apoio encubierto aos rebeldes prorrusos do Dombás.

Para quen coñeza o pasado desas terras de sangue (T. Snyder), son vellos argumentos. Putin leva lustros recorrendo á memoria da II Guerra Mundial para apoiar os seus intereses en política ex-

terior. Dende o 2000, o Estado ruso reinterpreta a memoria da Grande Guerra Patria de 1941-45 en termos semellantes aos da época soviética: unha reacción da patria fronte a un invasor, sen mentar o socialismo nin Stalin. A resistencia do pobo ruso sería un sinal para calquera inimigo no presente. E no discurso do 9 de maio de 2021, día da Vitoria, Putin aludiu ás «novas variantes» do nazismo e mais a quen tiñan as mans «manchadas de sangue ruso».

Ucraína é abofé un país dual. Unha maioría de poboación falante de ucraíno no oeste, que venera como heroes aos nacionalistas ucraínos que en 1941 entraron no país cos nazis, proclamaron de maneira efémera a independencia en Leopólis (Lviv) e loitaron contra do Exército Vermello ata entrada a década de 1950. Eran profascistas e antisemitas, e perpetraron matanzas contra poboación civil. As políticas da memoria do Goberno de Kiev, en tempos da «revolución laranxa» e dende o Euromaidán, non

sempre alumaron esas faces escuras dos que foron venerados como patriotas ucraínos; mesmo, mediante leis específicas, retiraron estatuas e monumentos do pasado soviético. No centro e leste da Ucraína, porén, a poboación rusófona é maioritaria, e en parte sente señardade dos tempos da URSS. Para ela, a participación ucraína no bando soviético é motivo de orgullo, e a memoria das batallas e caídos contra dos invasores de 1941-45, un referente de afirmación etnocultural. Exprésase así en cidades como Kharkiv ou Sebastopol.

O veciño ruso incide dende hai lustros nesas fendas históricas e culturais, ancheándoa de maneira conveniente. Latexa no Kremlin a convicción de que Ucraína foi parte da Rusia histórica, como Bielorrusia, malia agora non o expresar por razóns tácticas.

Nos mitos de orixe do nacionalismo (pan) ruso, o Estado do Rus de Kiev (séculos IX-XIII) é reivindicado como un precedente, comparado polo nacionalismo ucraí-

no. A maiores, Ucraína sería un foco de inestabilidade permanente, dende o império dos tsares ata a revolución bolxevique. Para o nacionalismo ucraíno, Rusia é porén o grande outro externo, que suprimiu a súa efémera independencia en 1918, e exterminou en boa medida os seus labregos en 1933-34 cunha grande fame planificada por Stalin: o Holodomor.

Nunha irónica película rusa, *Vimos do futuro II* (Andrei Maliukov, 2010), dous mozos moscovitas e dous ucraínos, arredados no presente pola paixón nacional, reconcílianse nunha viaxe no tempo na que os catro se enfrontan á División Galizien das Waffen SS, composta de nacionalistas ucraínos. Once anos despois, esa metáfora invértese: o pasado desune. O Kremlin leva anos xogando co lume da historia e da memoria. Quizais debería aprender tamén dela que se sabe como as guerras comezan, pero xamais como rematan. Hitler tamén invadiu Checoslovaquia apelando ao maltrato dos alemáns dos Sudetes.

Docto. 24: A carreira política de Vladimir Putin

¿QUIÉN ES...? Vinculado desde muy joven al entorno político, el pueblo ruso le admira y le teme a la vez **TEXTO Á. Precedo**

Putin: de la KGB al poder

Loco, imperialista, dictador, comunista, asesino... Estos y muchos otros adjetivos han sido utilizados en los últimos días para calificar la figura de Vladimir Putin, presidente de Rusia y cabeza visible de la invasión a Ucrania. Pero, ¿quién es realmente Vladimir Putin? ¿Es ese loco con nostalgia de un pasado grandioso que todo Occidente cree?

Es importante remontarse a sus inicios. Nació en el año 1952, pasada ya la Segunda Guerra Mundial, aunque sus consecuencias todavía eran evidentes, en la ciudad soviética de Leningrado (actual San Petersburgo). Y, aunque la guerra no le tocó de cerca como combatiente, sí lo hizo en el ámbito familiar, pues de sus dos hermanos, uno falleció poco después de nacer y el otro murió durante el Asedio a Leningrado por el ejército de la Alemania nazi, algo que también sufrieron sus padres.

Desde muy joven se interesó por el deporte vinculado a la lucha y practicaba judo y lucha rusa desde

los 11 años. Aunque de origen humilde—su padre era oficial de la Marina y su madre trabajadora de una fábrica—, pudo ir a la universidad de su ciudad, donde estudió Derecho y se graduó con honores, irónicamente, gracias a la presentación de una tesis sobre la política (imperialista) de Estados Unidos en África. Terminada la carrera, en lugar de ejercer, sintió la llamada de la KGB (Comité para la Seguridad del Estado), la agencia de espionaje por excelencia de la URSS, activa entre 1954 y 1991, generadora de gran temor entre la población. Putin desarrollaba su labor en el Departamento de Inteligencia Exterior en Alemania Oriental, donde combatía a grupos anticomunistas. Estaría en Alemania hasta la caída del muro de Berlín, en 1989, cuando regresó a Leningrado.

Allí comenzó su andadura en la política. En 1990 se convirtió en asesor de Anatoli Sobchak, entonces presidente de la Diputación de Leningrado. Pero pronto fue ascen-

diendo y ganando puestos de poder. Nunca le gustó perder, mal soportador del fracaso, por lo que en 1996, cuando Sobchak fue derrotado en los comicios, se trasladó a Moscú con un puesto en la administración del presidente Yeltsin. Siguió ascendiendo rápidamente hasta llegar a convertirse en su sucesor cuando este dimitió.

Así, su Gobierno al frente de Rusia se inició en los años 2000, cuando consiguió el 52,94 % de los votos. Durante su mandato Rusia creció mucho económicamente y se alivió la pobreza. Por lo que en las elecciones de 2004 salió reelegido con el 71,31 %. No estaba permitido encadenar un tercer mandato, así que se quedó vinculado al Gobierno como primer ministro de Medvédev en 2008, pero en 2012 volvería a presentarse y a salir elegido como presidente, con el 63,60 % de los votos, que se convirtieron en un 76,69 % en 2018. Los ciudadanos lo admiran y, al mismo tiempo, lo temen.



PRESIDENTE DE RUSIA. Muestra seguridad en sus apariciones.

VLADIMIR PUTIN PRESIDENTE DE RUSIA

El autócrata despiadado y ambicioso

Usa la misma táctica en casa y fuera: golpear brutalmente a sus enemigos

ENRIQUE CLEMENTE

«Considera que puede hacer con nosotros lo que le plazca, jugar con los ciudadanos a su arbitrio, y eliminarnos si le conviene. Nosotros no somos nadie, mientras que él, alguien a quien la casualidad encumbró, es hoy un zar y es Dios». Estas palabras premonitórias sobre Vladimir Putin las escribió la periodista rusa de ascendencia ucraniana Anna Politkovskaya en el 2004, en *La Rusia de Putin*. El 7 de octubre del 2006 fue asesinada en el ascensor del edificio de su apartamento.

Si hay algo que define a este autócrata despiadado es su brutalidad y falta de escrúpulos en el ejercicio del poder. Sus adversarios políticos han sido eliminados, como la mencionada activista pro derechos humanos o el opositor Boris Nemtsov; se han tenido que exiliar para no sufrir la misma suerte; o están en la cárcel, como es el caso de Alexéi Navalni o en su día del oligarca Mijaíl Jodorkovski. En su mentalidad y su personalidad sigue estando muy presente su pasado como agente del KGB, lo que se nota especialmente en la recuperación que ha hecho de los tiempos de la Guerra Fría. No hay que olvidar que ha calificado reiteradamente la desintegración de la URSS como una tragedia.

Esas prácticas que utiliza en el interior las proyecta en su agresiva acción exterior. Todo comenzó en el 2008 con la intervención en Georgia, siguieron la anexión de Crimea (2014) y la guerra del Dombás, que dura hasta hoy, con 14.000 muertos, y ahora alcanza su punto álgido con la invasión de Ucrania. Una vez más, el nuevo zar de Rusia ha exhibido su voluntad irrefrenable de imponer la ley del más fuerte y su desprecio por el derecho internacional.

Una invasión que siempre negó que se fuera a producir. Porque la mentira forma parte de la guerra de desinformación y propaganda en la que es experto y emplea para socavar a sus adversarios, ya sea Estados Unidos, interviniendo a favor de Donald Trump en las elecciones estadounidenses, o la Unión Europea, apoyando procesos disolventes como el *brexít* o el *procés*. Putin también es brutal en sus declaraciones públicas, como ha hecho ahora al amenazar a quienes interfieren en sus propósitos belicistas en Ucrania con «consecuencias nunca vistas», al tiempo que presumía del arsenal nuclear ruso.

En sus 22 años de poder ha impuesto un régimen en el que la democracia es solo una fachada para tratar de tapar la realidad del sistema Putin o *putinismo*, que se basa en el control total de los resortes del poder, el amordazamiento de la sociedad civil y la represión de la disidencia. Pero no hay que negar que cuenta con el apoyo de una parte muy importante del pueblo ruso, que lo ve como el salvador de un país que estaba sumido en el caos tras la gestión catastrófica de Boris Yeltsin, y que siente nostalgia de los tiempos en los que la URSS era una superpotencia. Ahora lo vuelve a ser, ya que condiciona el tablero geoestratégico mundial. Su nacionalismo exacer-

bado y su argumento de que es la OTAN la que cerca y amenaza la seguridad de Rusia calan entre la población. A Putin no le importa ser el enemigo número uno de Occidente, prefiere que Rusia sea temida y odiada a ignorada y amada. Nunca ha querido negociar sobre Ucrania, sino imponer sus condiciones. Además, su alianza con China añade un componente muy inquietante y peli-

groso a la política internacional.

Putin ha vuelto a poner en práctica la máxima que expresó en el 2000: golpear primero y tan fuerte que tu oponente no pueda levantarse. Es lo que hace en casa este macho alfa de mirada gélida, distante y ambicioso, y lo que está haciendo en Ucrania, aunque está por ver si esta jugada le saldrá bien o si meterá a su país en una guerra que, con las sanciones sin precedentes impuestas por EE.UU. y la UE, agraven la situación económica hasta el punto de que repercuta gravemente en los rusos de a pie. Entonces se podría volver en contra. A sus 69 años, su intención es perpetuarse en el Kremlin, ya que un cambio constitucional le permite mantenerse en el poder hasta el 2036. Ser el hombre fuerte de su país le ha salido rentable, ya que es el más rico de Rusia con un patrimonio valorado en al menos 70.000 millones de dólares.

Y de nuevo Politkovskaya, en el 2004: «Ya antes habíamos tenido líderes parecidos en Rusia. Líderes que nos condujeron a la tragedia, a derramamientos de sangre a gran escala, a guerras civiles. No quiero que esas desgracias nos vuelvan a ocurrir. Y de ahí la raíz de la animadversión que siento cuando veo a ese típico chequista soviético pavoneándose, mientras avanza por la alfombra roja del Kremlin camino del trono de Rusia». Estremece leerla en un día tan trágico como este jueves. A ella, sus denuncias le costaron la vida.



ILUSTRACIÓN
EDGARDO

PILAR BONET

Putin emprende una peligrosa cruzada

Viernes 25 de febrero de 2022

La pesadilla se ha hecho realidad. El presidente ruso, Vladimir Putin, presentándose como abanderado de una lucha contra el “imperio del mal” (para él, Estados Unidos y todo Occidente), comenzó en la madrugada de ayer una operación bélica sin precedentes e invadió Ucrania desde diferentes frentes. Por lo que se va sabiendo en un ambiente infectado por los bulos y la confusión, las tropas y el equipo militar ruso avanzan por el territorio ucraniano desde diferentes direcciones: vienen de la frontera con Bielorrusia, de los territorios rebeldes de Donetsk y Lugansk y han llegado hasta la provincia de Kiev, donde los defensores ucranios han efectuado las primeras capturas de combatientes rusos convenientemente identificados. Las tropas rusas vienen también desde Crimea y Jersón y están ya en las afueras de Járkov. Desde diferentes puntos llegan noticias de combates y muertos sin que sea posible valorarlas en conjunto.

Al mismo tiempo, los misiles rusos neutralizan y destruyen sistemáticamente la infraestructura militar de Ucrania. Hay imágenes de explosiones en Ukrainka, a 40 kilómetros al sur de Kiev. En el centro de la capital hemos oído explosiones y sirenas. Seguimos oyéndolas. No detectamos pánico, aunque sí enormes colas de coches que abandonan la ciudad y por el mismo camino se mueven columnas de tanques. Los comercios del centro de Kiev están en su mayoría cerrados y la gente acapara víveres en los que están abiertos. Hay problemas para pagar la compra porque algunas tarjetas de crédito han dejado de funcionar. También hay problemas con las comunicaciones telefónicas.

El llamamiento a la cruzada del mundo ruso contra el “imperio del mal” ha sido presentado por Putin como una “operación especial”. No ha habido declaración de guerra formal y por el discurso que el presidente ruso emitió de madrugada para justificar la invasión se supo que la disquisición histórica que precedió al reconocimiento de las denominadas “repúblicas populares” de Lugansk y Donetsk fue realizada el día 21 y no el día 22, cuando se emitió. El mismo Putin lo dijo así al justificar la ofensiva, que puede

El presidente ruso ha perdido el sentido de la realidad y puede llevar a Europa a una nueva hecatombe

El llamamiento a la cruzada contra el “imperio del mal” ha sido presentado como una “operación especial”

ser vista como su venganza contra un Occidente al que acusa de querer acabar con Rusia y al que ha abroncado con vehemencia por diferentes episodios de su política, incluido el bombardeo de Belgrado de 1999, además de la guerra de Irak, Siria y Libia, entre otras cosas.

Al reiterar que la OTAN había asegurado que no se extendería hacia el Este, Putin afirmó: “Nos engañaron, y hablando popularmente, simplemente nos dejaron tirados”. Pero, en su diatriba enfurecida, Putin encontró curiosamente la posibilidad de alabar a EE UU como “gran país, vertebrador de un sistema, potencia” cuyos “satélites” la obedecen sumisamente, “la corean”, la “copian” y “con entusiasmo aceptan las reglas de juego que les proponen”. “Por eso, con todo fundamento se puede decir con seguridad que el así llamado bloque occidental, formado por EE UU a su imagen y semejanza, todo él en su conjunto, es ese ‘imperio del mal’”, afirmó Putin.

Para nadie puede haber duda ya de que el presidente ruso ha perdido el sentido de la realidad y de que su siniestro sentido de misión puede llevar a Europa a una nueva hecatombe. Hasta su fiel aliado el presidente de Bielorrusia, Aleksandr Lukashenko, busca un modo de distanciarse por lo menos formalmente. En una reunión matutina con los dirigentes de su Ejército en Minsk, Lukashenko dijo haber permitido a Putin que mantuviera un pequeño contingente mi-

litar en la frontera de Bielorrusia y Ucrania por si los ucranios le atacaban, pero resultó que en lugar de un ataque de los ucranios se inició una “operación” rusa. El líder bielorruso dijo haber ordenado a su ministro de Defensa que hablara por la noche con el responsable de Defensa de Ucrania para que este a su vez hablara con su colega de Rusia con el fin de evitar la “operación”. El ministro bielorruso aseguró que había hablado con el ucranio, pero que este no había hecho lo propio con el ruso. Intenta de nuevo estar sentado entre dos sillas; Lukashenko permite que se lance un ataque contra Ucrania desde su territorio y al mismo tiempo se presenta como un mediador entre Moscú y Kiev.

Es evidente que durante un tiempo que los estudiosos tendrán que determinar, Putin estuvo organizando y desarrollando los elementos de una gigantesca puesta en escena que debía culminar con su intervención como salvador frente al “imperio del mal”. Ese escenario en su conjunto no resultó, porque las diferentes piezas confeccionadas por la propaganda del Kremlin no encajaban entre sí, como la evacuación de población civil de Donetsk, que debía aparecer como la reacción a un ataque de Ucrania (que no sucedió). La coordinación de los actores y la relación causa-efecto no funcionaron como seguramente se esperaba, pero los bulos y la propaganda sí han conseguido crear una gran desorientación que se extiende por todo el territorio ruso y, por lo que pudo juzgar esta periodista, también afectaba a la percepción de los ucranios.

Desde un importante centro urbano de Siberia, una enérgica activista de talante liberal afirmaba por WhatsApp que estaba preparando una movilización “contra la guerra y para ayudar a las mujeres de Donbás”. La activista no entendía que las tropas de su país avanzaban por el territorio ucranio y que habían dejado atrás Donbás, convertido ya en un pretexto para la actuación de una mente enferma. En cuanto al Consejo de Seguridad de Rusia, que avaló los planes de Putin, la transmisión que se ofreció al público por televisión el 22 de febrero estaba editada y se presentó cortada varias horas después de que se celebrara. Entre los cortes efectuados figura la intervención del fiscal general de Rusia, Igor Krasnov. No sabemos qué dijo el fiscal ni tampoco cuál es el contenido de los fragmentos cortados y por qué se cortaron, pero es evidente que el grupo de dirigentes de la Federación Rusa de aspecto alicaído y asustado, que intervinieron y apoyaron a Putin pueden ser calificados como “cómplices”.

INTERNACIONAL

OFENSIVA DE RUSIA EN UCRANIA



Vladimir Putin, en unas maniobras militares cerca de San Petersburgo en septiembre de 2017. / MIKHAIL SVETLOV (GETTY)

TRIBUNA / JONATHAN LITTELL

La guerra incesante

Hace 22 años, una cruel guerra llevó a Vladimir Putin al poder. Desde entonces, la guerra ha seguido siendo uno de sus principales instrumentos, que él ha utilizado sin vacilar durante todo su mandato. Vladimir Putin existe gracias a la guerra y gracias a ella ha prosperado. Esperemos que la guerra sea ahora lo que acabe por fin con él.

En agosto de 1999, un desconocido Vladimir Putin fue nombrado primer ministro cuando su predecesor se negó a aprobar que se volviera a invadir Chechenia. Putin sí estaba dispuesto a hacerlo, dio al Ejército carta blanca a cambio de su apoyo incondicional y les permitió vengar la humillante derrota de 1996 a sangre y fuego. La noche del 31 de diciembre de 1999, un envejecido y hundido Boris Yeltsin dimitió y entregó la presidencia como una ofrenda al recién llegado. En marzo del 2000, después de su famosa promesa de "perseguir a los terroristas hasta el retrete", Putin fue elegido presidente. Ha permanecido en el puesto desde entonces, con la excepción de los cuatro años en los que volvió a ser primer ministro (2008-2012).

Cuando comenzó la segunda guerra de Chechenia volvió al país como voluntario de una ONG. En febrero del 2000 cenó con Serguéi Kovalev, el gran defensor ruso de los derechos humanos, y le

hizo la pregunta que estaba en la mente de todos: ¿Quién era aquel presidente desconocido? ¿Quién era Putin? Todavía recuerdo la respuesta de Kovalev palabra por palabra: "¿Quiere saber quién es Vladimir Putin, joven? Vladimir Putin es un teniente coronel del KGB. ¿Y sabe lo que es un teniente coronel del KGB? Absolutamente nada". Lo que quería decir Kovalev era que un hombre que nunca había ascendido más, que ni siquiera había llegado a coronel, era un agente de poca monta, incapaz de tener pensamiento estratégico, de ver más allá de lo inmediato. Y aunque Putin, después de 22 años en el poder, ha ganado enormemente en talla y experiencia, sigo convencido de que el difunto Kovalev tenía razón.

Sin embargo, desde el punto de vista táctico, Putin mostró desde pronto un gran talento, sobre todo para explotar las debilidades y divisiones de Occidente. Le costó años derrotar a los chechenos e instaurar un régimen títere en el Gobierno, pero lo consiguió. En 2008, cuatro meses después de que la OTAN prometiera abrir una vía de adhesión a Ucrania y Georgia, Putin reunió sus ejércitos para llevar a cabo "maniobras" en la frontera georgiana, invadió el país en cinco días y reconoció la independencia de dos "repúblicas" separatistas. Las democracias occidentales

farfullaron vagas protestas y no hicieron prácticamente nada. En 2014, cuando el pueblo ucraniano, tras una revolución larga y sangrienta, derrocó a un presidente prorruso que había dado la espalda a Europa para alinearse con Moscú, Putin se apresuró a invadir y anexionarse Crimea, la primera ocupación descarada de un territorio europeo desde la Segunda Guerra Mundial. Cuando nuestros dirigentes, conmocionados y perplejos, reaccionaron imponiendo sanciones, Putin lanzó un órdago, alentó revueltas en el Donbás, una región rusoparlante de Ucrania, y utilizó sus tropas de forma encubierta para aplastar a un débil Ejército ucraniano y construir dos nuevas "repúblicas" escindidas en las que se libra una guerra de baja intensidad desde entonces. Así comenzó lo que los franceses llamarían su *fuite en avant*, su "huida hacia delante". A cada paso, Occidente lo condenaba e intentaba castigarlo mediante medidas suaves e ineficaces, con la vana esperanza de disuadirle. Y a cada paso, él se enroscaba y avanzaba un poco más. Y un poco más.

Físicamente, Putin es un hombre menudo, y crecer en Leningrado durante la posguerra debió de resultar difícil. Desde luego, le enseñó una cosa: que el chico más pequeño debe golpear primero, golpear fuerte y no dejar de golpear. Así, los grandullos

Putin mostró desde pronto talento para explotar las debilidades de Occidente

Parece haberse vuelto cada vez más paranoico e imbuido de su propia ideología paneslava

nes aprenderán a tenerle miedo y retrocederán. Esta es una lección que sabe de memoria. En 2020, el presupuesto militar de Estados Unidos era de unos 750.000 millones de dólares, el presupuesto total de Europa, de 378.000 millones de euros y el de Rusia, de 61.700 millones de dólares. Y, sin embargo, nos inspira mucho más miedo del que le inspiramos nosotros a él. Esa es la ventaja de luchar como una rata acorralada y no como un chico gordito, que se ha ablandado por la dieta de Coca-Cola, Instagram y 80 años de paz en Europa.

Putin debió sentir un gran regocijo cuando Estados Unidos y Europa, deseosos de acabar con la guerra en el Donbás, dejaron discretamente que Crimea desapareciera de la mesa de negociaciones y, en la práctica, permitieron su anexión ilegal por parte de Rusia. Vio que los perjuicios causados por las sanciones occidentales, aunque reales, no eran muy profundos, y que iba a poder seguir desarrollando el Ejército y aumentando su poder. Vio que Alemania, la mayor potencia económica de Europa, no estaba dispuesta a desprenderse de su gas ni del mercado para sus coches. Vio que podía comprar a los políticos europeos, incluidos un ex canciller alemán y un ex primer ministro francés, e instalarlos en los consejos de administración de las empresas rusas controladas por el Estado. Vio que incluso los países que en teoría se oponían a sus avances seguían repitiendo los mantras de la "diplomacia", la "puesta a cero", la "necesidad de normalizar las relaciones". Vio que, cada vez que presionaba, Occidente se dejaba avasallar y acudía servil, con la esperanza de lograr un "acuerdo" que nunca acababa de llegar: Barack Obama, Emmanuel Macron, Donald Trump, la lista es larga.

Putin empezó a asesinar a sus oponentes, en su país y en el extranjero. Cuando sucedía aquí, chillábamos, pero nunca hicimos nada más. Cuando Obama, en 2013, ignoró sin piedad una de sus propias "líneas rojas" en Siria y se negó a intervenir después de que El Asad utilizara gas venenoso en un barrio residencial de Damasco, Putin tomó nota. En 2015 envió sus propias fuerzas a Siria, amplió la base naval que ya tenía en Tartús y obtuvo una nueva base aérea en Hmeimín. Durante los siete años siguientes, utilizó Siria como campo de pruebas para el Ejército, una experiencia de campo valiosísima para los oficiales y que le permitió perfeccionar las tácticas, la coordinación y el equipamiento mientras bombardeaba y masacraba a miles de sirios y ayudaba a El Asad a recuperar el control de grandes franjas del país.

En enero de 2018 empezó a enfrentarse directamente a las potencias occidentales en la República Centroafricana, donde envió a los mercenarios del Grupo Wagner. Es lo mismo que está haciendo en la actualidad en Mali, donde la junta militar, con apoyo ruso, acaba de obligar a la misión francesa contra el ISIS a abandonar el país. Rusia también interviene activamente en Libia, desbaratando los intentos occidentales de llevar la paz al

país y desplegando fuerzas a lo largo de la orilla sur del Mediterráneo, una posición en la que puede ser una amenaza directa contra los intereses europeos. En cada una de estas ocasiones, hemos protestado, hemos gesticulado y no hemos hecho absolutamente nada. Y en cada ocasión, él ha tomado buena nota.

Ucrania representa el momento en que, por fin, ha decidido poner las cartas sobre la mesa. Está claro que se cree lo bastante fuerte como para desafiar abiertamente a Occidente con la primera invasión, sin provocación alguna, de un Estado soberano en Europa desde 1945. Y lo cree porque todo lo que hemos hecho, o más bien dejado de hacer en los últimos 22 años, le ha enseñado que somos débiles.

Putín puede ser un genio táctico, pero es incapaz de desarrollar un pensamiento estratégico. Nuestros dirigentes se han negado a entenderle, pero él tampoco ha tenido interés por entendernos a nosotros. Completamente aislado durante los dos últimos años por culpa del covid, parece haberse vuelto cada vez más paranoico e imbuido de su propia ideología paneslava, neoimperalista y ortodoxa, que empezó siendo una creación totalmente artificial para dar un mínimo barniz de legitimidad a su régimen corrupto. Da la impresión de que se ha creído su propia propaganda sobre los ucranios. ¿Pensaba que iban a dar la bienvenida a sus "libertadores" rusos? ¿Que iban a rendirse sin más? Si es así, estaba muy equivocado. Los ucranios están luchando y, a pesar de su enorme desventaja en número de soldados y en armamento, están luchando con ferocidad. Maestros, oficinistas, amas de casa, artistas, estudiantes, DJ y drag queens están empuñando las armas y saliendo a disparar a los soldados rusos, muchos de los cuales no son más que niños que no tienen ni idea de lo que están haciendo allí. Ucrania no cede ni un centímetro de terreno, y da la impresión de que Putín no va a poder apoderarse de sus ciudades sin arrasárselas, como en su día arrasó Grozni y Aleppo. Y no crean que, solo porque Kiev es una ciudad "europea", Putín no se va a atrever a arrasarla. Los bombardeos ya han comenzado.

Tras la sorpresa inicial, las democracias occidentales —por fin!— parecen haber comprendido la amenaza existencial que constituye Putín para el orden mundial de la posguerra, Europa y nuestro "modo de vida" que tanto desprecia. Se están aprobando sanciones demoledoras, pese al coste económico que van a tener para nosotros. Ya han empezado a llegar armas a Ucrania. Alemania parece haberse dado cuenta de la noche a la mañana de que su seguridad no puede seguir dependiendo de la bondad de otros y de que necesita un Ejército propio, real y funcional. Rusia se está quedando abrumadoramente aislada en la comunidad internacional, y tanto su economía como sus capacidades van a sufrir una merma considerable.

Pero no basta con esto. Mientras Putín permanezca en el poder, continuará por este camino, presionando cada vez más y ha-



Un tanque ruso avanza por las calles en ruinas de la ciudad chechena de Grozni en febrero de 2000. / YURI KOCHETKOV (EPA)



Dos ciudadanos caminan por la ciudad destruida de Aleppo, en Siria, el 10 de marzo de 2017. / JOSEPH EID (AFP)

ciendo todo el daño que pueda. Porque desprecia a Occidente y porque su poder se basa exclusivamente en la violencia: no solo la amenaza, sino su uso sistemático. Es el único comportamiento que conoce. ¿Podemos creer verdaderamente que su amenaza nuclear no es más que un farol? ¿Podemos permitirnoslo? Mientras siga gobernando Rusia, nadie estará a salvo. Nadie.

La única manera de salir de esta crisis es hacer que el fracaso de Putín en Ucrania sea tan desastroso para Rusia y sus legítimos intereses que a su propia clase dirigente no le quede más remedio que destituirlo. Y en ese sentido se podría hacer mucho

más. Parecía que la prioridad de nuestros gobiernos era castigar a los "oligarcas" rusos, pero tienen que entender que Putín los desprecia y le importan un bledo sus opiniones y sus bienes; los considera meras minas de oro que puede explotar cuando le conviene. Las sanciones occidentales deben apuntar a las personas que llevan a la práctica las decisiones de Putín: los responsables del aparato administrativo y de seguridad. No solo las pocas docenas de personas que ya están en el punto de mira, sino los miles de funcionarios de segundo nivel de la Administración Presidencial, los militares y los servicios de seguridad. Estas

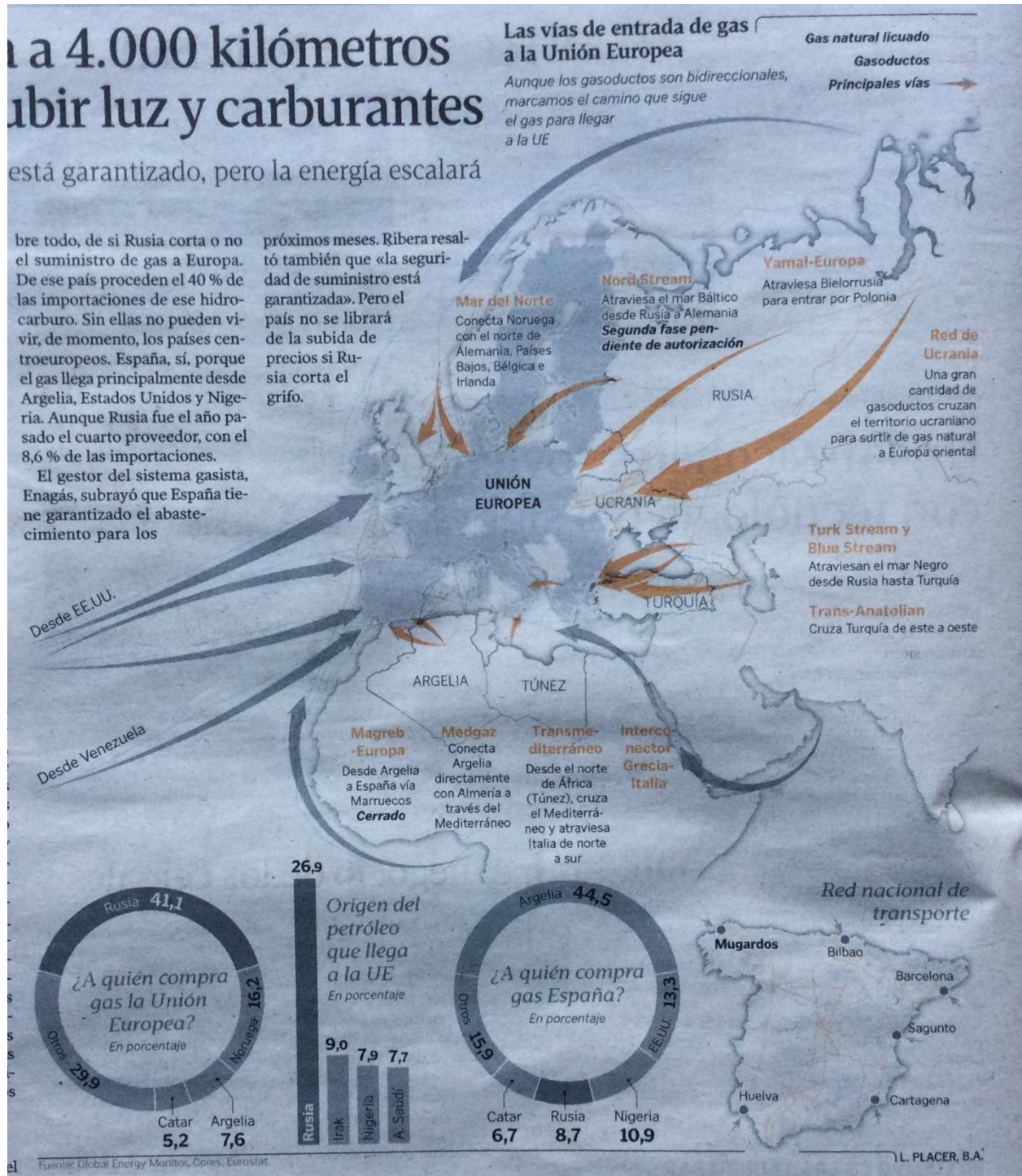
El ruso desprecia a los oligarcas. Las sanciones deben ir contra quienes ejecutan sus decisiones

Rusia se merece la misma libertad que Ucrania ha obtenido en las últimas décadas

personas no son billonarias, pero si multimillonarias y tienen mucho que perder. Arruinemos la vida de estos varios miles de personas, y que sean ellos quienes juzguen quién es el culpable. Que se embarguen sus mansiones en Inglaterra y España, que se prohíban las vacaciones en Courchevel y Cerdeña, que se expulse sin contemplaciones a sus hijos de Harvard, Yale y Oxford, para que se tengan que quedar en Rusia, sin salida y sin bienes importados en los que gastar su dinero robado. Que el coste sea real, personal, y que vean si vale la pena el precio de mantener a un zar desquiciado y ávido de poder en su trono. Que decidan si quieren seguirle hacia el abismo.

Desde hace 22 años, Rusia vive presa de un régimen demente, corrupto y totalitario, que nosotros hemos facilitado en muchos sentidos. Pero es un gran país, que amo profundamente y que ha producido hombres y mujeres maravillosos, humanos y justos. Se merece algo mejor que esta camarilla de ladrones que saqueen sus riquezas al amparo de ilusorias fantasías imperiales y que arrasan los países vecinos para mantener su poder absoluto. Rusia se merece la libertad, la misma libertad que Ucrania ha obtenido con grandes penalidades en las últimas décadas. El primer paso crucial y urgente es un alto el fuego en Ucrania; el segundo, la retirada total de Rusia. Pero después de eso, Putín debe marcharse.

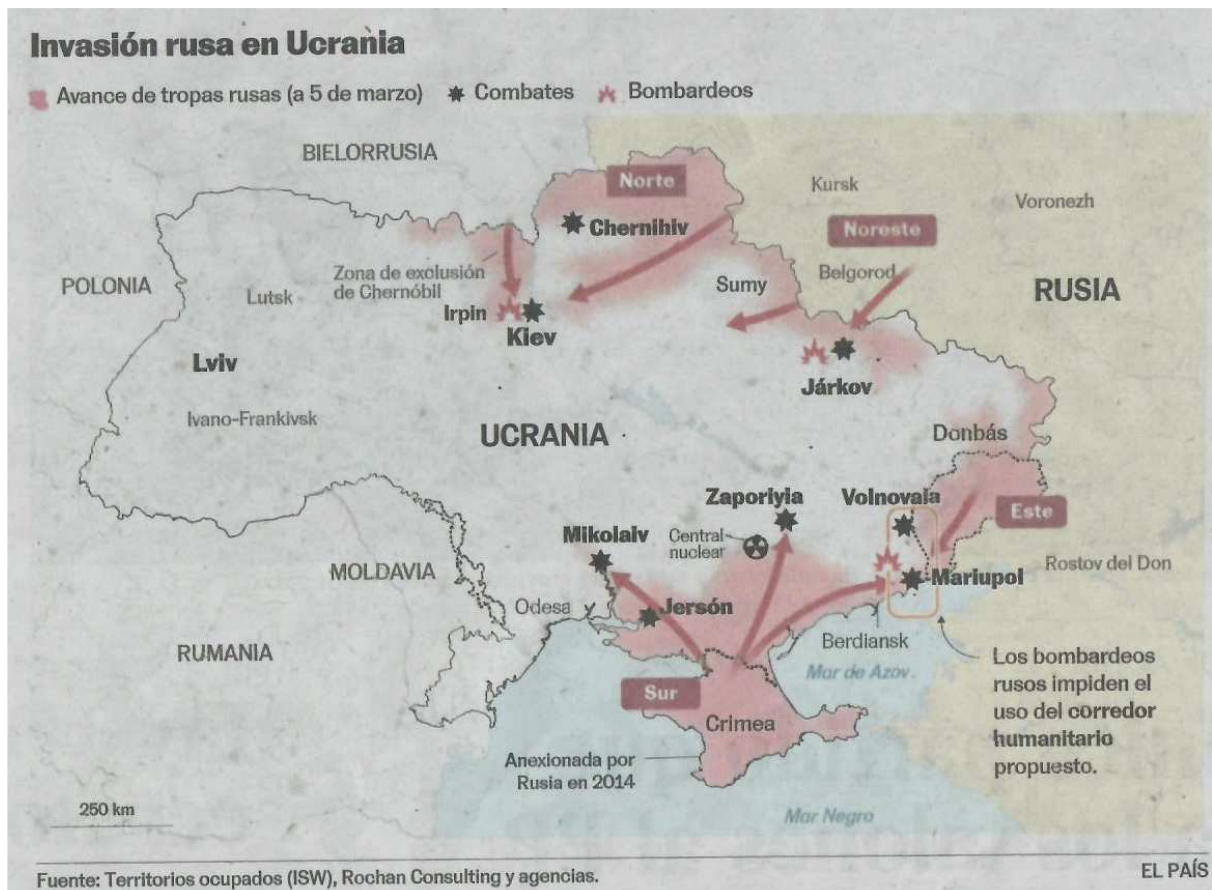
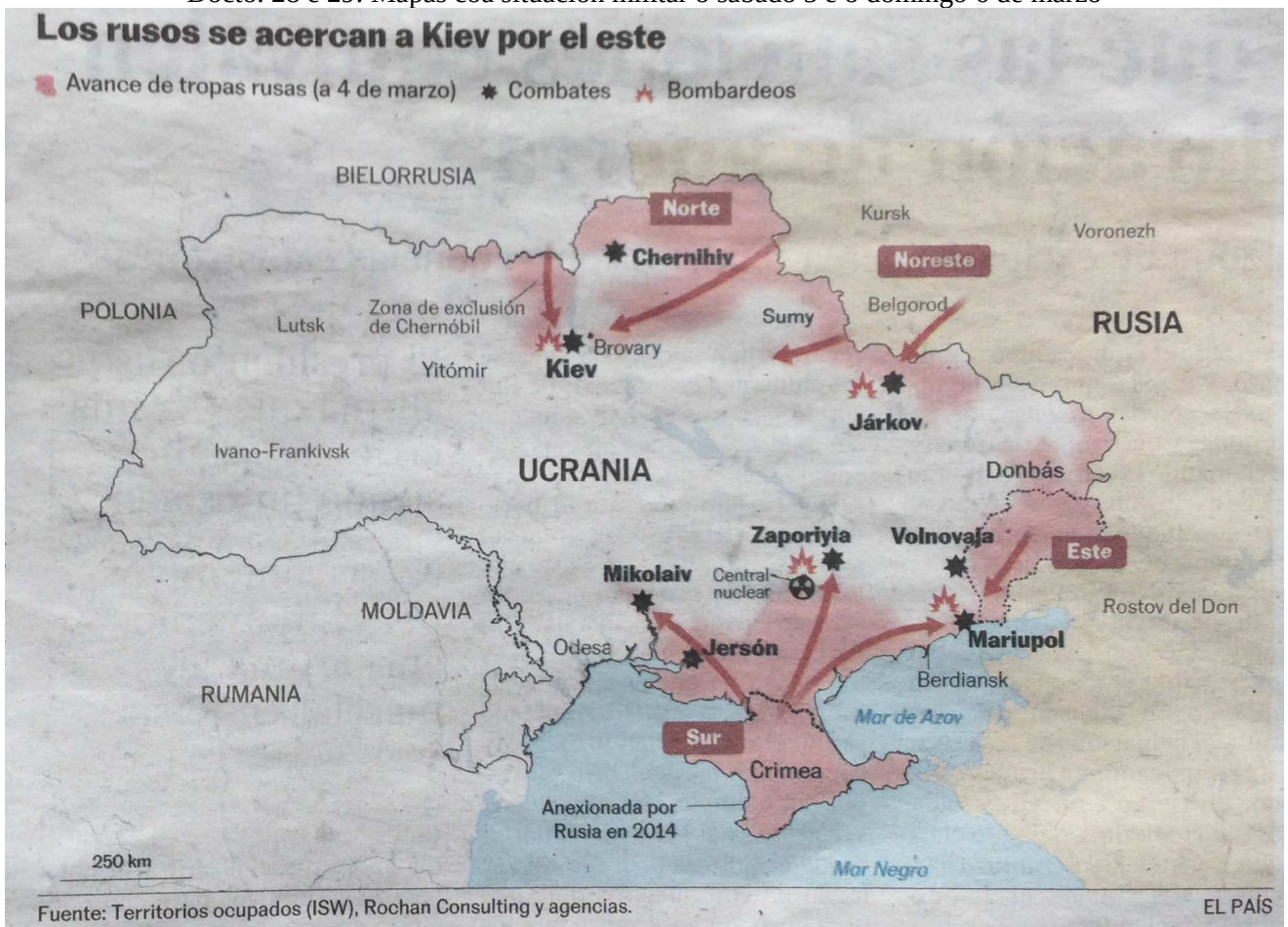
Jonathan Littell es escritor y cineasta. Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia.



Bloque 3º: A evolución militar da invasión.

[Mapas describindo a evolución militar da invasión de Ucraína](#) polo exército ruso de Putin.

Docto. 28 e 29: Mapas coa situación militar o sábado 5 e o domingo 6 de marzo



XOSÉ MANOEL NÚÑEZ SEIXAS CATEDRÁTICO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA NA USC

► Xosé Manoel Núñez Seixas analiza no seu próximo libro 'Volver a Stalingrado. El frente del este en la memoria Europea' (Galaxia Gutenberg) a memoria da URSS nos países que formaron parte dela. Para coñecer a orixe da invasión que hoxe vive Ucraína, cómpre remontarse, como mínimo, á II Guerra Mundial e á Guerra Fría.

«Ver tanques rusos nas rúas de Ucraína fainos recuar 50 anos»

TEXTO: SARA VILA

A ENTRADA DAS tropas rusas en Ucraína, que o catedrático de Historia Contemporánea Núñez Seixas define como unha «invasión con todas as da lei», colleu de sorpresa a elites políticas e expertos. Putin senta un precedente que ninguén agardaba no século XXI.

Ninguén esperaba que fose estalar unha guerra e que ademais fose desta magnitude. Vostede agardaba que Rusia dese este paso?

Para nada, isto non o agardaba ninguén, aínda que é certo que os servizos de intelixencia de Estados Unidos levaban un tempo alertando. Aquí en Europa, non só entre as elites políticas, senón tamén entre os expertos, esta idea estaba descartada. Coincide ademais que unha revista, 'La maleta de Port-bou', encargoume un dossier sobre as guerras do século XXI e a opinión case unánime era que Putin ía tensar a corda pero que non ía levar a cabo unha intervención e menos desta magnitude. Estamos falando dunha guerra convencional, non dunha intervención puntual atacando obxectivos estratéxicos nunha acción preventiva, combinando unha acción tecnolóxica con bombardeos, senón que as tropas rusas avanzaron ata Kiev. Non sei se pretenden unha ocupación do territorio, algo que sería disparatado porque suporía un conflito de desgaste no medio e longo prazo, ou máis ben tomar o poder e substituír o Goberno, que me cadra máis.

Existe medo a unha III Guerra Mundial. Ata onde pode chegar isto?

As guerras sábese como comezan, pero xamais como rematan. Non deberíamos facer paralelismos doados, pero Hitler entrou en Checoslovaquia e saíulle ben. Previamente pactara coas potencias occidentais, que tiñan medo a unha guerra, e aceptaron esa invasión. Cando invadiu Polonia pensaba o mesmo, pero foi un punto de non retorno que marcou o inicio da guerra. A Putin tanto lle ten o que pensemos del, cre que Rusia pode sobrevivir un tempo malia as sancións económicas, ten a baza de China que de momento

está a poñerse de perfil e sabe que Occidente non vai enviar tropas porque ninguén quere facelo. Hai un principio básico dende a Guerra Fría que é que Ucraína para Occidente non vale unha guerra. Unha guerra non entra no horizonte do que pensamos que debe ser o mundo no século XXI.

Sería distinto se Ucraína estivese na OTAN. Quizais Putin o pensaría máis.

Aí entraría no perigo dunha escalada nuclear. O que quere é precisamente evitar que Ucraína sexa unha democracia occidental e entre na OTAN.

Que importancia ten o factor nacionalista para ambos bandos?

Levan tempo enfrontados, o nacionalismo ucraíno é basicamente antirruso, o seu gran referente de oposición é Rusia. A fin de contas Rusia considera que Ucraína é parte da nación rusa e hai mitos de orixe compartida. Obviamente hai tamén posturas enfrontadas sobre o pasado recente, sobre quen eran os bos e os malos na II Guerra Mundial, sobre a grande fame ucraína dos anos 1933 e 34, o chamado Holodomor, que na interpretación do nacionalismo ucraíno foi un exterminio ditado por Stalin. Ademais, a recuperación de certas figuras históricas do pasado dos nacionalistas ucraínos, que na II Guerra Mundial combateron cos nazis e son venerados como heroes, fai que dende Rusia se axite o espantallo



Xosé Manoel Núñez Seixas. OP

Europa

Para Occidente, unha guerra non entra no concepto do que pensamos que debere ser o mundo no século XXI»

Conflicto

Isto é unha invasión, non ten outra definición, porque non houbo provocación da OTAN ou Ucraína»

Autócrata

«Putin semella improvisar, pero creo que o seu programa é a reconstrución da Rusia Imperial»

Cando falamos de ditadores describímoslos como persoas excéntricas, cun matiz de tolema. É algo real ou forma parte dos adornos literarios que se poñen arredor de figuras determinantes?

Toda persoa que concentra poder executivo, antes ou despois,

acaba endeusándose. Isto ocorre incluso con alcaldes de cidades, con presidentes da Xunta... Ademais, adoitan estar rodeados de adúladores, e máis no caso de autócratas semiditadores, como é o caso. Putin non é como Hitler, que daba moitos discursos,

escribiu 'Mein Kampf' e deixou unha sorte de programa máximo xa debullado. Putin semella ir improvisando, pero creo que o seu programa é a reconstrución da Rusia Imperial. Hai unha nostalgia dun tempo no que Rusia era respectada e temida. Nese anexo

de que son os nazis os que están no Goberno ucraíno, o que non é exactamente certo porque Ucraína é unha sociedade moi plural, hai un sector extremista, pero tamén o hai en Rusia.

Máis alá da intervención de Rusia, como se pacifica a nivel interno o choque entre ucraínos prorrusos e antirrusos?

Ucraína é un país moi dual. Hai unha parte occidental, Galitzia, que formaba parte do imperio austrohúngaro ata 1918 e, polo tanto, non estaba suxeita a influencia cultural rusa. Alí é onde o sentimento nacionalista está máis arraigado. Logo hai unha parte oriental que maioritariamente é rusofalante. Hai unha parte da poboación que considera que estes pseudonazis do pasado son heroes da independencia de Ucraína e outra parte considera que o mellor que fixo Ucraína foi loitar na II Guerra Mundial xunto ao exército soviético. Eu teño un libro no prelo que se chama 'Volver a Stalingrado. El frente del Este en la memoria europea' e un dos capítulos máis interesantes é o de Ucraína, porque hai moitas representacións do pasado. Tamén hai moitos ucraínos que se senten culturalmente rusos pero que son partidarios da independencia do seu país. Ver tanques rusos nas rúas é unha imaxe moi potente, que nos fai recuar 50 anos, parece que esteamos en Praga en 1968.

O que está facendo Rusia é unha intervención ou unha invasión?

E unha invasión, non ten outra definición, porque ademais non houbo unha provocación por parte da OTAN nin de Ucraína. Moita xente ten o reflexo automático de dicir que os Estados Unidos son malos por definición, pero isto é unha invasión a unha nación soberana por parte dun poder autocrático. Non ten volta de folla, é unha invasión con todas as da lei, que agardemos que non se convirta nun baño de sangue, porque os ucraínos están por resistir. De feito, semella que están a ofrecer moitísima máis resistencia da que esperaban os rusos.

están máis cidadáns rusos, pero se iso se vai traducir nun conflito enquistado con Ucraína, custoso en vidas, contra un país que moitos rusos consideran moi próximo... a cousa cambia. Non é como os chechenos, que teñen mala sonda en Rusia, os ucraínos son considerados xente moi próxima e pode que a opinión pública se lle volva en contra a Putin. A proba é que non houbo manifestacións patrióticas que saísen a aclamar a Putin. A poboación rusa abanea entre a apatía e o silencio, e logo hai unha minoría que protesta.

En las capitales occidentales calculan que el conflicto se recrudecerá y que la ocupación se prolongará durante años

Tres escenarios para una guerra larga y sangrienta

M. BASSETS / A. MARS / M. GONZÁLEZ
París / Washington / Madrid

La guerra rusa de Ucrania se recrudecerá en las próximas semanas, Vladimir Putin buscará el control total del país y la ocupación puede prolongarse años, según los cálculos que se barajan en varias capitales occidentales 11 días después del inicio de la invasión. La agresión ha chocado con una resistencia ucraniana mayor de lo que esperaba Moscú, aunque solo unos pocos dirigentes consideran que puede frenar a Moscú. La mayoría de los aliados están convencidos de que el presidente ruso quiere llegar hasta el final y en las próximas semanas los ataques se recrudecerán. Estos son los escenarios que se manejan en varias capitales occidentales: casi todos ellos prevén una guerra larga y sangrienta.

“El milagro del Dniéper”. Según este escenario, que el laboratorio de ideas Atlantic Council llama “el milagro del Dniéper” y minoritario entre los analistas y políticos, los ucranios, ayudados por el suministro de armas aliadas, frenarán el avance ruso. Putin, sometido al aislamiento y las sanciones, se replegará.

El secretario de Estado de EE UU, Antony Blinken, indicó el viernes a la BBC que no hay que dar por segura la victoria de Rusia. “Si la intención de Moscú es hacer caer al Gobierno e instalar un régimen títere, 45 millones de ucranios lo rechazarán de una forma u otra”, señaló.

Una vez asumido que los países occidentales no intervendrán directamente, la idea es que las sanciones y las armas pongan las cosas difíciles a Putin y le fueren a modificar su actitud. En palabras de una fuente del palacio del Eliseo, que pidió anonimato, se trata de “encajear el precio de la guerra de modo que renuncie a ella”.

Pero el jueves, tras una conversación telefónica entre Putin y el presidente francés, Emmanuel Macron, la misma fuente del Eliseo decía: “La anticipación del presidente, teniendo en cuenta lo que le ha dicho el presidente Putin, es que lo peor está por llegar”. François Heisbourg, consejero del laboratorio de ideas Fondation pour la Recherche Stratégique, apunta: “Vladimir Putin ha mostrado que, cuando afronta dificultades, no acorta sus ambiciones, sino que aumenta sus medios”.

Hasta la ocupación total. El segundo escenario contemplado por los aliados prevé que la campaña militar durará semanas, no meses, pero la guerra será más larga y la posguerra podría durar años y tendría un resultado incierto. Este es el diagnóstico que hacen los máximos asesores militares del Gobierno español. Los aliados calculan que Kiev podría caer en 5 o 10 días, pero no será el fin del conflicto, precisa una fuente diplomática. Empezará entonces una guerra de guerrillas en la que la resistencia ucraniana se beneficiará de armamento occidental como los misiles tierra-aire Stinger, los mismos que, en manos de los muyahidines afganos en los



Ataque de las tropas rusas en la ciudad de Chernihiv, en el centro de Ucrania, ayer. / RICARDO GARCÍA VILANOVA

años ochenta, hicieron la vida imposible al ocupante soviético.

Este escenario lo han corroborado altos cargos de la Administración de Biden (Blinken y la directora Nacional de Inteligencia, Avril Haines, entre otros) esta semana en una sesión a puerta cerrada en el Capitolio. Según algunos legisladores, el Gobierno de EE UU prevé una lucha encarnizada por la capital, Kiev, que puede resolverse en favor de Rusia en cuestión de semanas, y que el conflicto acabe enquistándose y languidezca durante años.

La estrategia rusa, según las fuentes españolas, consiste en estrangular las grandes ciudades ucranianas para forzar su rendición. Si no se rinden, el ejército ruso entrará a sangre y fuego y causará un gran número de víctimas civiles, de las que culpará al presidente ucraniano, Volodimir Zelenski.

El desenlace, según estos cálculos, llevaría a la ocupación total de Ucrania. “Nuestro análisis de las operaciones militares en curso es que la ambición rusa, en efecto, es tomar toda Ucrania”, dice la fuente francesa. Ma-

Antony Blinken advierte de que los invadidos rechazarán “un régimen títere”

Si no hay rendición, el ejército entrará a sangre y fuego, según un analista

“Es probable que después Putin se haga con Moldavia”, afirma un experto

cron no contempla la partición del país: considera que lo que Putin quiere es controlar el país entero y, en todo caso, la partición seguiría violando la soberanía del Estado invadido y sería igualmente inaceptable.

Heisbourg, de Fondation pour la Recherche Stratégique, observa: “Este es el escenario de base: la toma de las grandes ciudades ucranianas en todo el territorio, porque se quiere evitar que un Gobierno legítimo continúe presente en Ucrania”.

Diversas fuentes en Madrid detallan que el resultado más probable de la guerra será la aparición de un nuevo país, Nueva Rusia o Novorossiya. Este proyecto de confederación lo pusieron en pie en 2014 las provincias separatistas de Lugansk y Donetsk. En su versión más modesta, según estas fuentes, el nuevo Estado abarcaría desde el Donbás hasta Crimea, incorporando Mariupol y convirtiendo el mar de Azov en un mar interior ruso. En su versión más ambiciosa, conectaría con el Transdniéster, la región separatista moldava, y se anexionaría Odesa, privando a Ucrania de sa-

lida al mar. Lo lógico sería que Putin se anexionase Nueva Rusia, como hizo con Crimea, pero podría mantenerla como una república satélite.

La estrategia de Putin, estiman los estrategas españoles, pasa por colocar en Kiev un Gobierno títere que se comprometería a no incorporar a Ucrania a la OTAN ni a la UE. Para asegurar el control, Putin mantendría tropas rusas acuarteladas en Ucrania, pero evitando que patrullasen para no ser blanco del hostigamiento de una resistencia reconvertida en guerrilla. Esto, reconocen las fuentes españolas, se parecería mucho a la Francia ocupada por Hitler con el régimen de Vichy.

La incógnita es cuánto tiempo podrá mantener este esquema un Putin convertido en paria internacional, y con una Ucrania ocupada cuya población es abrumadoramente hostil.

El congresista estadounidense Ruben Gallego, veterano de la guerra de Irak, compara este escenario con la larga lucha de EE UU contra los insurgentes tras haber derrotado al Ejército iraquí y ocupado el país. Una diferencia, declaró Gallego en la cadena PBS, es que en Irak una tercera parte del pueblo apoyaba la lucha contra el ocupante, mientras que el porcentaje de ucranios que se opone a Rusia es mucho mayor. Otra distinción, añadió, es la factura en vidas: “En toda aquella guerra hubo unas 4.500 bajas, pero Rusia puede perder lo mismo en días”.

Antes del inicio de la guerra, fuentes de la Administración estadounidense citadas por la prensa local plantearon que en una invasión podrían morir entre 25.000 y 50.000 civiles, entre 5.000 y 25.000 militares ucranios, y de 3.000 a 10.000 soldados rusos. El número de bajas rusas puede elevarse ya a unos 2.500, cinco veces más de lo que Moscú reconoce, según la citada fuente. Otra fuente del Congreso de Estados Unidos citada por la CBS cree que el conflicto puede prolongarse hasta 20 años con Rusia como tardío perdedor.

Desafío a la OTAN. “Un escenario bastante probable es que, después de Ucrania, Putin tome el poder en Moldavia”, dice Heisbourg. Pero este escenario, sostiene el consejero de la Fondation pour la Recherche Stratégique, conduce a un tercer escenario, en el que Putin intentaría recrear en Europa la situación previa a la ampliación de la OTAN. “Imagine que acaba de ganar la guerra de Ucrania. Ha tomado el poder en Moldavia. Por primera vez, tiene una frontera político-militar continua desde el cabo Norte hasta el mar Negro. De un lado, están las tropas rusas, y del otro las tropas de la OTAN, con riesgos de accidentes y de acciones violentas involuntarias. Entonces, Putin puede decirse: ‘Voy a intentar dividir a los Occidentales’”.

Los Balcanes podrían convertirse en un campo propicio para la agitación. Apunta el Eliseo: “Estamos muy atentos a lo que Rusia pueda hacer en su entorno próximo”.

8ª. Lee con atención os documentos que xuntamos e explica que características e intereses teñen eses oligarcas rusos

Las sanciones acorralan a los magnates
y los alejan de su histórico retiro estival en Francia

Los oligarcas rusos pierden su paraíso en la Costa Azul

SILVIA AYUSO

Saint-Jean-Cap-Ferrat (Francia)

Iba a ser su gran retorno. Después de dos años de pandemia que ha mantenido a la mayoría de oligarcas rusos alejados de su lugar favorito de recreo estival, la Costa Azul se preparaba para su regreso. Y con ello, la vuelta a una normalidad que en esta región del sudeste de Francia de celestes aguas significa un paisaje de sobredimensionados yates desde Saint-Tropez a Mónaco y un trasiego de coches de lujo entre fastuosas mansiones, adquiridas no siempre en condiciones claras por los magnates enriquecidos a la sombra del Kremlin, y los múltiples establecimientos de lujo que salpican sus costas. Ya no vendrán. Las fuertes sanciones impuestas a Rusia por su invasión unilateral a Ucrania, que incluyen una lista negra de dirigentes y oligarcas cercanos al presidente Vladimir Putin cuyos bienes en Europa, el Reino Unido y Estados Unidos están siendo investigados y congelados; se han asegurado de que la Riviera francesa sea, a día de hoy, el paraíso perdido de los millonarios del líder ruso en una región favorecida desde los tiempos de los zares por los poderosos del país.

Como cada invierno, muchas de las persianas permanecen cerradas en Saint-Jean-Cap-Ferrat, un coqueto pueblo al norte de Niza. Se calcula que al menos medio centenar de poderosas familias rusas poseen una mansión en esta localidad a tiro de piedra de Mónaco. "Aquí no hay nadie ahora, los rusos solo vienen en verano", confirma el dueño de un taller próximo a Villa Shosana, la mansión de Arkadi Rotenberg, cerrada a cal y canto. Este oligarca y su hermano Boris —que también posee varias casas de lujo y hasta un hotel en la Costa Azul francesa— están sancionados por Estados Unidos por su proximidad a Putin.

En Cap-Ferrat está también la inmensa propiedad de Aleksander Ponomarenko, uno de los 511 nombres de la lista negra europea, al igual que Gennadi Timchenko, considerado por la UE como uno de los "confidentes" de Putin y que tiene una mansión al sur de Cannes. "De todos modos, ni en verano vemos" a los oligarcas, cuenta una vecina, porque permanecen en sus mansiones rodeadas de altos muros y cámaras de vigilancia que impiden cualquier mirada curiosa. Stephan Slazansky, que lleva 20 de sus 60 años asentado en Cap-Ferrat, ha colgado una gran bandera ucraniana en su balcón "en apoyo a los ucranios" y "para que se vayan los rusos" del pueblo. "Hay demasiados aquí, desde hace diez años lo compran todo" en la zona, lamenta este hombre de origen checo al que la invasión trae muy malos recuerdos.

Francia no dice a qué oligarcas rusos tiene en su mira. Pero no permitirá que se le cuele "ni uno", promete el ministro de Economía, Bruno Le Maire. Esta semana, anunció la incautación del yate *Amore Vero*, del principal accionista de Rosneft, Igor Sechin, otro sancionado de la UE. También la policía italiana ha congelado ya villas y yates por al menos



Un vigilante de seguridad en la mansión de Roman Abramóvich en Antibes, Francia. / ALBERT GARCÍA



El puerto de Antibes, en la Costa Azul. / A. G.

140 millones de euros de oligarcas en la lista negra europea, informa la agencia Reuters.

Aunque sus principales intereses e inversiones estén en Londres o Suiza que, como Mónaco, se ha unido de forma inédita a las sanciones, el corazón de muchos oligarcas rusos —y otros ciudadanos menos poderosos y no vinculados a Putin— está en una Costa Azul en la que durante décadas desembolsaron cientos de millones de euros para hacerse con las mansiones más icónicas, como el Château de la Croë de Roman Abramóvich en Antibes, donde se alojaron Eduardo VIII y su esposa, Wallis Simpson, entre 1938 y 1949, o construírselas a capricho.

Es un vínculo que viene de largo: en 1856 desembarcó por primera vez (volvería tres años más tarde) en Villefranche-sur-Mer,

al lado de Niza, Alejandra Fiódorovna, la viuda del zar Nicolás I. Alegando motivos de salud, su viaje escondía una misión estratégica que resuena hasta hoy: tras la derrota de su marido en la Guerra de Crimea, su hijo y nuevo zar, Alejandro II, buscaba un acceso mediterráneo para su flota y había puesto el ojo en ese puerto en el que Rusia acabaría teniendo en usufructo una base naval hasta 1870. La zarina arrastró a la francófila aristocracia rusa y muchos nobles eligieron la Riviera gala para pasar los inviernos. Muestra de su huella es la catedral de San Nicolás, la iglesia ortodoxa rusa más grande de Europa occidental, en Niza, construida en el lugar donde murió, en 1865, el hijo mayor de Alejandro II, el zarévich Nicolás Aleksándrovich, enviado a Niza por

En 1856 ya visitó por primera vez la zona la viuda del zar Nicolás I

La policía italiana ha congelado villas y yates por valor de 140 millones de euros

"Son depredadores sin un pensamiento político", sostiene una historiadora

su mala salud. Ahí se instalaban también muchos rusos blancos que huían de la revolución bolchevique. Hasta hoy, sigue siendo el punto de encuentro de los alrededor de 15.000 miembros de la comunidad rusa. Uno de los primeros oligarcas en retomar la tradición iniciada por los zares fue Boris Berezovski, el aliado de Boris Yeltsin que en 1996 se hizo con el Château de la Garoupe, también en Antibes.

Hasta Putin tiene vínculos con el sur de Francia. En Biarritz, en el País Vasco francés, su exmujer Liudmila tiene una mansión que, dos días después de la invasión ucraniana, amaneció con pintadas anti-Putin y pro-Ucrania. Una de las dos hijas de la pareja también tiene residencia en Biarritz.

Antiguas novias

Mientras, en la Costa Azul la prensa sitúa sendas viviendas de lujo de al menos dos de sus presuntas antiguas novias, la excampeona olímpica de gimnasia artística Alina Kabáyeva y Svetlana Krivonogikh, adquiridas con una fortuna que nadie parece saber cómo frujaron. Según revelaron los Papeles de Pandora [una investigación periodística sobre la creación de sociedades en países como Panamá], Krivonogikh posee un apartamento de cuatro millones de euros en Mónaco donde, dicen los lugareños, se concentran más rusos por metro cuadrado de toda la Costa Azul y cuyo club de fútbol, el AS Monaco, está también en manos de un ruso, Dmitri Ribolovlev, no investigado.

Los primeros golpes no han despejado la duda de si las sanciones lograrán su objetivo: provocar una ruptura entre los oligarcas y Putin. Aunque este llegó al poder gracias al apoyo de los millonarios que temían el regreso de los comunistas tras la caída de Yeltsin, el nuevo presidente se encargó de "atacar a todo oligarca con pretensiones políticas", recuerda la historiadora Françoise Thom. El resultado, dice esta especialista en Rusia, es que "a partir de 2003, Putin consigue dominar a los oligarcas, les hizo comprender que podían seguir haciendo dinero a condición de que fueran instrumentos dóciles".

Algunos se han distanciado de la guerra. "Pero son declaraciones muy flojas y no es una acción organizada", advierte la historiadora que, aunque piensa que una "revolución de palacio" sería una de las pocas cosas capaces de frenar a Putin, no cree que los oligarcas sean capaces de liderarla. "No están contentos (...), pero son fuerzas solitarias incapaces de una acción concertada porque no tienen un pensamiento político, son depredadores que quieren enriquecerse", afirma Thom.

Por el momento, su prioridad parece ser salvar lo que puedan. La barcelonesa Mireia González, que lleva diez años trabajando en yates de lujo y vive en Antibes, donde muchos de estos "hoteles flotantes", como los llama, suelen atracar, confirma este intento de evasión. "Se comenta que muchos de los grandes barcos se están yendo para Maldivas o Seychelles", cuenta antes de dirigirse a su propio barco que, "por suerte, no es de un ruso", dice aliviada.

A diferencia de otros capitalistas rusos, el petrolero que compró el Chelsea supo aliarse con Yeltsin y con su sucesor

Abramóvich, el oligarca que vio venir a Putin

DIEGO TORRES / RAFA DE MIGUEL
Madrid / Londres

Periódicos de izquierdas y de derechas han definido a Jonathan Sumption como "la mente más brillante del Reino Unido", y fue él quien defendió al oligarca Roman Abramóvich (Saratov, Rusia, 55 años) frente a su exsocio y luego enemigo acérrimo, Boris Berezovsky. En los mentideros legales se habló de una minuta que rondó los seis millones de euros. Fue en 2012. Un año después, Berezovsky, el oligarca que prosperó con Yeltsin pero tuvo que huir de Rusia por su enfrentamiento con Putin, apareció ahorcado en el baño de su mansión de Sunninghill, en la campaña inglesa. Abramóvich disfrutó de una década de triunfos deportivos, al frente de su Chelsea F.C., y un *establishment* británico dispuesto a mirar para otro lado, ignorar el origen de su fortuna, y ponerle la alfombra roja.

El bombardeo en 2014 del rutante Dombas Arena de Donetsk, único estadio de fútbol con categoría de seis estrellas de la UEFA, alertó a los viejos dirigentes ingleses que periódicamente se reunían en las oficinas del Chelsea sobre la guerra indescifrable que dividía el sudeste de Ucrania. Cuando el dueño del club, Roman Abramóvich, les invitó a un café, lo primero que hicieron fue preguntarle por la postura de su amigo Vladimir Putin. Según uno de los presentes en esa reunión informal, su respuesta fue sombría. "No creo que esta guerra tenga solución", les dijo. "Entre Putin y Yeltsin hay una diferencia importante. Yeltsin tenía cosas negativas que son muy positivas en este tipo de conflictos, mientras que Putin tiene cosas positivas que se convierten en negativas en situaciones así. Putin debería leer menos libros de historia y ver menos películas del Telón de Acero".

La opinión pública británica, en mayor o menor grado, jamás dejó de relacionarle con la mafia rusa. Pero el consejo de sabios del Chelsea tuvo a Abramóvich por un benefactor excéntrico. Alguien poco amigo de sonreír, dueño de un sentido del humor cáustico, adusto pero cortés, sin pretensiones de clase y sensible para escuchar, incluso cuando le advertían de que estaba tirando su dinero a la basura porque invertía constantemente en proyectos sobrevalorados o deficitarios, repartido como andaba entre el arte, y sus obsesiones altruistas, como la financiación con decenas de millones de euros del Museo del Holocausto de Yad Vashem.

Habla poco de política rusa pero cuando lo hacía, sin darse

mucha importancia, todos sabían que su autoridad era insuperable. Ese día en 2014 sus interlocutores interpretaron que mientras que a Yeltsin le gustaba más la vida que el poder, a Putin no había manera de comprarle cuando se interponía su sueño bizantino de recuperación de la URSS. "Para los oligarcas rusos, que son los más hedonistas, esto siempre fue un problema", dice esta fuente.

El que se convertiría en el más poderoso y célebre de los oligarcas rusos fue un personaje casi anónimo hasta 1999. Tan huido que cuando aquel año Putin se hizo cargo de la jefatura del Gobierno de Boris Yeltsin, ningún medio de comunicación había publicado una foto suya, aunque ya era el propietario de Sibneft, la mayor productora de petróleo.

Alexei Venediktov, entonces director de *Radio Ekho* de Moscú, advirtió movimientos inusuales en el Kremlin, cuando en la mañana del 9 de agosto de 1999 Putin se bajó del coche oficial que lo dejó en la puerta del Edificio de la Presidencia, en su primer día en el cargo. Agonizaba el segundo mandato de Yeltsin y los funcionarios de alto rango se apelotonaban en los pasillos como actores esperando la llamada del supervisor del casting. Por turnos entraban en el despacho donde Abramóvich, por entonces un joven barbudo de 33 años, les interrogaba pacientemente antes de certificar su idoneidad para ocupar los distintos ministerios.

Cerca del poder

Abramóvich formaba parte de lo que en Moscú llamaban *La Familia*, un grupo tan allegado a Yeltsin que acabó por reunirse en su dacha. "Te prometo que no estoy interesado en la política", le dijo a Venediktov cuando le vio por última vez, según contó el periodista a los autores del libro *Abramóvich, el multimillonario de ninguna parte*. "Cuando le recordé cómo le vi con mis propios ojos mientras ayudaba a seleccionar al primer Gabinete de Putin, él me dijo: 'Eso nunca sucedió'".

Nació en Saratov en 1966 en el seno de una familia pobre de origen judío. Antes de cumplir tres años se quedó huérfano de madre y de padre y pasó al cuidado de tíos y abuelos. El servicio militar en el Ejército Rojo truncó sus estudios. Pero cuando Mijail Gorbachov legalizó la iniciativa empresarial privada fundó Uyt, una compañía de fabricación de juguetes que le permitió ganar 20 veces más que un funcionario medio y le puso en contacto con la Administración en el momento en que colapsaba la URSS.



Roman Abramóvich, en la pasada final de la Champions, el 29 de mayo en Oporto. / NICK POTTIS (GETTY)

Nació en Saratov en 1966 en el seno de una familia pobre de origen judío

Su socio Berezovsky apareció ahorcado en 2013 tras su largo litigio

Vendió Sibneft a Gazprom por unos 9.000 millones de euros

Abramóvich detectó su oportunidad haciéndose con una licencia de exportación de hidrocarburos. "Una licencia de exportación a comienzos de los noventa en Rusia equivalía a una licencia para imprimir dinero", observó Christa Freeland, del *Financial Times*.

Ahogado por la crisis económica de 1995, Yeltsin necesitaba fondos para reconstruir la confianza en su Gobierno y ganar las siguientes elecciones. Los consiguió mediante un plan de préstamos por acciones que se convirtió en el programa privatizador más colosal de la historia. Fue así como Abramóvich y su socio, Berezovsky, pidieron un crédito y mediante el diseño de múltiples sociedades simularon la puja que les permitió adquirir el 49% de Sibneft por 100 millones de dólares. El Gobierno se financió a cambio de malvender las propiedades estatales en un marco repleto de lagunas legales. Si la operación no fue revisada fue porque el propio Yeltsin ignoró al chivato de la Cámara de Auditoria de la Federación Rusa, que en 1998 estimó que "el valor de mercado del 51% de Sibneft era de 2.800 millones de dólares, 25 veces superior al precio inicial subastado".

Son pocos los oligarcas que sa-

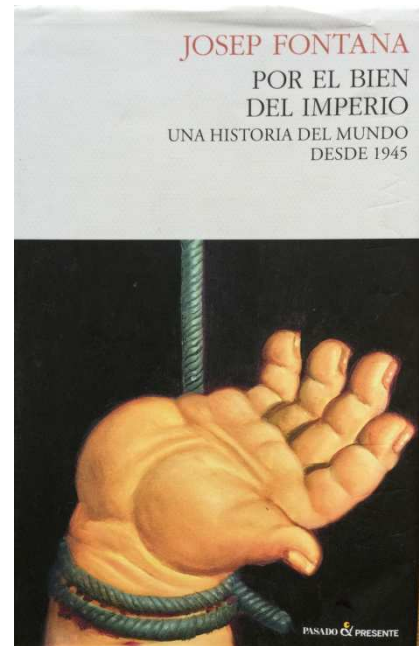
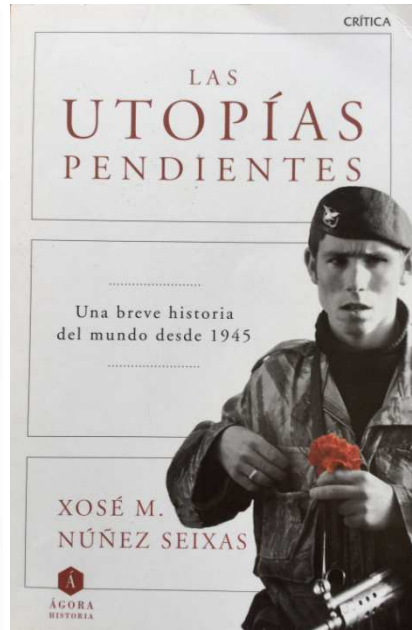
liaron indemnes de la transición de Yeltsin a Putin. Si Abramóvich prosperó fue por su olfato para interpretar de qué lado debía ponerse. Cuando Putin se propuso nacionalizar la producción de energía, cedió de inmediato. En septiembre de 2005, tras recoger 1.000 millones en dividendos, vendió Sibneft a Gazprom por unos 9.000 millones de euros. La operación le convirtió en el hombre con más liquidez del mundo.

Por sus vínculos con la comunidad judía de Ucrania, el Gobierno de Volodimir Zelenski le propuso como intermediario en las negociaciones de paz que mantiene con Rusia desde hace una semana. La presencia de Abramóvich en la conferencia de Bielorrusia contrasta con su precipitado distanciamiento de Londres y con la puesta en venta del Chelsea.

La invasión de Ucrania ha colocado a los poderosos del Reino Unido ante la evidencia de sus relaciones con los multimillonarios rusos a los que ahora amenaza con sanciones. Abramóvich es el epitome de esta riqueza. El Gobierno de Boris Johnson, sin embargo, ha sido incapaz hasta ahora de ir a por el oligarca más famoso de todos.

Para saber máis:

1. Monografías dispoñibles na biblioteca do IES CSA:



Porque sabéis tan bien como nosotros que la cuestión de la justicia, tal como van las cosas en este mundo, se plantea entre los que son iguales en poder, mientras que los fuertes hacen lo que pueden y los débiles sufren lo que deben. (...) Estamos aquí por el bien de nuestro imperio y lo que os vamos a decir es para la salvación de vuestro país, porque queremos ejercer nuestro dominio sin causar ningún trastorno y que os salvéis, tanto por vuestro interés como por el nuestro.

TUCÍDIDES,
Historia de la guerra del Peloponeso, v, 17.

Rusia y la ganó en junio de 1991, imponiéndose al candidato apoyado por Gorbachov.

Al asumir la soberanía rusa Yeltsin animaba a las otras repúblicas a hacer otro tanto, y era consciente de ello. Uzbekistán, Moldavia, Bielorrusia y Ucrania se proclamaron soberanas, mientras las repúblicas bálticas tomaban medidas para independizarse. Gorbachov reunió en julio de 1990 el 28 y último congreso del PCUS, que le reeligió como secretario general del partido —aunque su poder dependía ahora sobre todo de su posición como presidente de la URSS—, y aceptó su propuesta de establecer un nuevo marco de relaciones federales dentro de una Unión de Repúblicas Soviéticas Soberanas, que se sometería a referéndum en marzo de 1991 en las quince repúblicas de la Unión: el primero de la historia del país.

El referéndum tuvo un 80 por ciento de participación y dio más de un setenta por ciento de votos favorables al mantenimiento de una Federación «de repúblicas soberanas e iguales en derechos». Su resultado fue sobre todo positivo en las repúblicas asiáticas (y en Ucrania, donde un 80 por ciento se manifestó partidario de permanecer unidos a la URSS). En seis repúblicas —las tres bálticas, Armenia, Georgia y Moldova— se boicoteó el referéndum; en las del Báltico se habían votado previamente otros que arrojaron un 90 por ciento a favor de la independencia en Lituania, un 78 por ciento en Estonia y un 74 por ciento en Letonia.

Gorbachov estaba cada vez más solo y cada vez tenía menos poder. Algunos de sus colaboradores más próximos, como Shevardnadze, que pensaba que «la situación estaba fuera de control», se vieron forzados a dimitir, como consecuencia de las feroces críticas de los conservadores, que atacaban a Gorbachov en los organismos del partido, mientras Yeltsin le minaba en el congreso, y de la actitud a la defensiva del propio Gorbachov. Alguien como Chernyaev, que le acompañó hasta el final, observaba en su diario el 13 de enero de 1991: «Nunca pensé que el proceso inspirador que inició Gorbachov pudiese conducir a un final tan ignominioso». El 19 de febrero Yeltsin, hablando por la televisión, pedía la dimisión de Gorbachov, acusándole de ser el culpable de la sangre vertida en los conflictos étnicos y de la ruina y la pobreza del país. Gorbachov, señalaba Chernyaev el 20 de marzo de 1991, no hacía más que repetirse: «palabras, frases, ejemplos, líneas de pensamiento, argumentos que sorprendían en 1986 y que seguían impresionando en 1988, suenan ahora a mera palabrería». Sus

planes políticos no tenían ya sentido alguno en la situación actual de la Unión Soviética.

En aquellos difíciles momentos lo único que hubiera podido salvarle hubiera sido obtener de Occidente una ayuda económica de volumen suficiente como para aliviar los graves problemas internos. Pero aunque los dirigentes occidentales no deseaban crearle dificultades, que podían arrojar el indeseado resultado de verlo reemplazado al frente de la Unión Soviética por un general del ejército, no fueron capaces de proporcionarle la ayuda económica que necesitaba. Su petición de créditos a la reunión del G7 en Londres, en julio de 1991, recibió respuestas dilatorias, debido ante todo a la oposición de los norteamericanos. En aquellos momentos comenzaba a resultar evidente su debilidad. Un mes más tarde se precipitaría el final.

El 18 de agosto de 1991, dos días antes del que se había fijado para la entrada en vigor del nuevo tratado federal, mientras Gorbachov estaba descansando en Crimea, se organizó un golpe contra él en Moscú, encabezado por su mismo vicepresidente, por el primer ministro y por los ministros de Defensa y del Interior del gobierno de la Unión, que enviaron una delegación a Crimea para pedirle que dimitiese, a lo que se negó (mientras tanto los golpistas anunciaban por la radio y la televisión que el presidente había sido sustituido por razones de salud, y que se creaba un Comité Estatal para el estado de excepción).

«La conspiración fracasó, dirá Primakov, porque el país había cambiado.» Fracasó, también, porque sus organizadores no supieron tomar las medidas de urgencia adecuadas —los teléfonos y los fax seguían funcionando en Moscú, por ejemplo—, por el rechazo internacional y, sobre todo, porque las fuerzas de seguridad y el ejército se negaron a disparar contra la oposición popular dirigida por Boris Yeltsin, y contra los diputados radicales que se habían refugiado en la Casa Blanca de Moscú, el edificio del Soviet supremo o Parlamento. Mientras tanto, en la madrugada del 21, un grupo de asesores de Gorbachov que se encontraban en el Kremlin se pusieron de acuerdo con el jefe de la guardia, cerraron las puertas, detuvieron al vicepresidente Yanaev, el único golpista que quedaba en la fortaleza, y empezaron a emitir órdenes para restablecer la situación y conseguir la retirada de las tropas.

Yeltsin, que se había mostrado al público subido en un tanque, mientras a su alrededor unos miles de moscovitas organizaban frágiles barricadas de defensa, vivió entonces su momento de gloria como su-

puesto vencedor del golpe, en una escena que retransmitieron las televisiones del mundo entero.

El golpe precipitó el desenlace de la crisis soviética. Yeltsin, que se había preparado para una larga lucha contra lo que quedaba del estado federal, descubría ahora que el fracaso del golpe le ponía la victoria en las manos. Cuando Gorbachov volvió a Moscú se encontró con que Yeltsin controlaba buena parte de los organismos decisivos, tomaba el mando de las fuerzas militares de la república rusa, ordenaba que el PCUS suspendiese sus actividades en Rusia y humillaba a Gorbachov en la cámara, cuyas sesiones transmitía la televisión, por el hecho de ser el secretario del partido implicado en el movimiento antidemocrático: un partido que había dado un apoyo mayoritario al golpe.

Gorbachov lo aceptó, renunció a su posición como secretario general del partido que le había traicionado, incitó al propio Comité Central del PCUS a dimitir y anunció la disolución del partido el seis de noviembre. Su única autoridad era ahora la de presidente del Soviet supremo de una Unión de la que no formaban parte ya los países bálticos, que aprovecharon el golpe para independizarse formalmente, y que habían sido ya reconocidos por otros países, entre ellos por la propia Rusia de Yeltsin. El resto de las repúblicas estaban en pleno desconcierto y fueron proclamando su independencia entre agosto y diciembre. Ucrania lo hizo subordinando la decisión a un nuevo referéndum que se celebraría en diciembre. El primero que minaba la Unión era Yeltsin, que, a la vez que se iba apoderando de las instituciones estatales soviéticas que quedaban a su alcance, como la banca del estado, tenía claro que acabar de destruir la Unión Soviética significaba hacerse con todo el poder en Rusia.

Mientras se intentaba poner en marcha la nueva Unión, el referéndum de Ucrania dio un 90 por ciento de votos favorables a la independencia (por parte del mismo electorado que en marzo había votado continuar en la Unión) y Yeltsin, a escondidas de Gorbachov, se reunía en Belovezh con los presidentes de Ucrania y de Bielorrusia el 8 de diciembre de 1991 para proponerles que las tres repúblicas que en 1922 habían firmado el acuerdo de creación de la URSS la disolviesen ahora, reemplazándola por la CEI, que era una simple confederación sin órganos ni poderes: un proyecto al que se sumaron las repúblicas de Asia, pero no las tres bálticas ni, inicialmente, Georgia, aunque lo haría más tarde.

El 12 de diciembre el Soviet supremo de Rusia ratificaba la disolución de la URSS, al igual que lo hacían las cámaras de Ucrania y de

Bielorrusia; el 25 de diciembre de 1991, ante la situación creada por la formación de la CEI, Gorbachov dimitía del cargo de presidente de la URSS. Como había aceptado previamente la disolución del partido del que había sido secretario general, quedaba ahora reducido a la condición de ciudadano particular. El 27 de diciembre Yeltsin ocupó su despacho en el Kremlin, donde la bandera de la Unión Soviética había sido reemplazada ya por la de Rusia. Chernyaev terminaba su diario de 1991 con estas palabras: «Este es el año de la desintegración del estado, del colapso de la economía y del caos social».

En la declaración formulada en el momento de dimitir, Gorbachov repasaba lo ocurrido desde que había llegado al poder, siete años antes, al frente de un país «que no marchaba bien», que tenía «mucho de todo», pero donde se vivía mucho peor que en los países desarrollados y donde el atraso respecto de ellos se acentuaba cada día, porque «la sociedad se ahogaba en las garras de un sistema autoritario burocratizado». Celebraba el hundimiento del autoritarismo, los avances democráticos y la transición hacia una economía mixta, y achacaba la mala situación del momento al hecho de que el viejo sistema se hubiera derrumbado «antes de que lograra empezar a funcionar el nuevo».

Analizando las causas de su fracaso Yakovlev diría años más tarde que los reformadores acabaron con la superestructura política, pero no supieron actuar sobre su infraestructura, ni prever la fuerza de la nomenclatura y la resistencia que iba a oponer a las reformas. «Cuando Gorbachov y yo decidimos emprender la *perestroika* no sabíamos claramente dónde íbamos.» Querían abandonar el viejo sistema, pero no sabían realmente lo que harían después. «Nuestros puntos de vista evolucionaban constantemente en función de lo que ocurría.»

Lo que iba a venir, sin embargo, no sería una transición, sino una catástrofe. Para Alexandr Zinoviev lo que habían hecho Gorbachov y los suyos era «una traición a los intereses de su país y de su pueblo, que por su magnitud no tiene precedentes en la historia de la humanidad».